

## CAPITULO XII.

Hijos de Nopaltzin y Acolhua, rey de Azcapozalco.  
Rebelion de Iacanex y Ocotox. Orden de los  
tecuhtlis. Muerte de Achitometl  
y el emperador Xolotl.

El príncipe Nopaltzin en su matrimonio con Azcalxochitl, hermana del rey Achitometl, habia tenido tres hijos: el primero que era presunto heredero del trono, se llamaba Tlotzin Pochotl; y los otros dos Toxtequihuatzin y Atencatzin, teniendo tambien fuera de su matrimonio, al bastardo Tenancacaltzin.

Con el fin de que cuando su primogénito Tlotzin poseyera la corona y supremo dominio del imperio, se hallaran tambien sus otros dos hijos en la posición conveniente á su elevada categoría, impetró la liberalidad de su padre, para que les concediera algunas tierras y vasallos. Xolotl, no solo accedió á los deseos de su hijo, sino que concediendo á sus dos nietos los señoríos de Zacatlan y Tenamitec, libres de todo feudo, y sin mas restriccion en su libertad y franqueza, que el reconocimiento del supremo dominio al imperio, concedió tambien en el año de 1220, el señorío de Tlazalan á su nieto Tlotzin con las mismas circunstancias, para que no por la expectativa á la corona, quedara entre tanto sin algun distintivo honorífico.

Estos nuevos señores, por la donacion del emperador, disfrutaban de todos los tributos que los moradores de aquellos lugares debian pagar al imperio: y al mismo tiempo entraron á gobernar sus estados, haciéndolo el mayor personalmente, por tener la edad necesaria; y los

dos menores, aunque se dispuso fueran á vivir á sus estados, no gobernaban por falta de edad, haciéndolo á su nombre, algunos señores de juicio y discrecion á cuyo lado se instruyeran en las máximas del gobierno. Pero antes que el príncipe Tlotzin saliera del lado de su padre, se dispuso casarlo, eligiendo para ello á una jóven llamada Iepacxochitl, hija de Quauhtlapal, señor de una de las posesiones del estado de Mamalihuasco, al sur de la corte, despues de cuyo desposorio, cada uno de los príncipes salió para sus estados.

Once años despues, en el de 1231, dispuso el emperador casar tambien á los hijos de Acolhuatzin, llamados Acolhua y Acamapichtli, nietos suyos é hijos de Cuettlaxochitl su hija mayor. Para el primero se eligió á una hija de Izaquauhtli, señor de Amazahuacan: y para el segundo á Ilancueitl, hija mayor de Achitometl rey de Culuhacan; solicitando al mismo tiempo á la hija menor del mismo, llamada Atotoztli, para esposa de Huetzin á quien se habia concedido el señorío de Tepeplaostoc y que por muerte de su padre Izmitl, heredó los dominios de Coatlican, que fueron concedidos á Tzontecomatl uno de los tres gefes Acolhuas. Para tratar estos enlaces con los reyes de Culhuacan y Amazahuacan, fué comisionado el príncipe Nopaltzin, quien halló á los señores, prontos á acceder á los deseos del grande emperador Xolotl; pero antes de verificar éstos casamientos, fué necesario concluir una guerra promovida con objeto de impedir el matrimonio de la princesa Atotoztli.

Esta jóven, que á su noble y elevado origen, reunia una singular hermosura y mil cualidades que la hacian muy estimable, tenia muchos pretendientes entre los mas ilustres príncipes de todas aquellas familias, siendo el mas apasionado ó el mas audaz, un jóven chichimeca llamado Iacanex, vasallo y rival de Huetzin, y al mis-

mo tiempo gobernador de la ciudad de Tepetlaostoc. Este altivo jóven no podia sufrir, ver á Atotoztli enlazada con otra persona: y olvidando lo insuperable de los obstáculos que se le presentaban al luchar contra la voluntad de Xolotl, armó alguna gente de los pueblos que tenia á sus órdenes; y con un aparato bélico, se presentó á la corte de Culhuacan pidiendo por esposa á la hija de Achitometl. Este soberano creyó ofendida su real dignidad por las insultantes amenazas con que Iacanex acompañó su solicitud, y lo despidió de su corte, sin que al fin el pretendiente se atreviera á tomar allí alguna resolución.

Iacanex salió con ánimo de sublevar á todos los súbditos de Huetzin y así fué de un pueblo en otro, levantando gente y aumentando el número de los rebeldes; mas como Achitometl, dió á Xolotl oportuno aviso de aquel procedimiento, el emperador ordenó luego á Tochtintzin general de sus armas, saliera á reprimir aquella rebelion, obrando de acuerdo con el mismo Huetzin y Paintzin rey de Xaltocan. El general marchó en seguida con las fuerzas suficientes en persecucion de los sublevados, y despues de algunas escaramuzas, se trabó una formal batalla á inmediaciones de la ciudad de Huexotla, en la cual se distinguió principalmente Huetzin, que estaba doblemente ofendido de Iacanex, como vasallo rebelde y atrevido rival. El combate duró algunas horas; y al fin quedó la victoria por el gefe imperial, huyendo Iacanex con el designio de seguir adelante su conjuracion.

Pasado algun tiempo, habia venido el príncipe Tloltzin á pasar unos dias con su padre Nopaltzin en la ciudad de Tezcoco: y puesto de acuerdo Iacanex con el general Ocotox, descontento con el emperador y Nopaltzin, acordaron esperar un dia en que los príncipes anduvieran divertidos por los jardines, para entrar con alguna gente

comprometida en la conjuracion y darles muerte. Esta horrible traicion, aunque preparada con bastante sigilo llegó á noticia de los príncipes por uno de los mismos conjurados, y prontamente Nopaltzin y Tlotzin salieron con todos los señores de su comitiva, cargando contra la gente rebelde, la cual desprevenida para este caso, no pudo resistir y sufrió un grande estrago del que Ocotox y Iacanex pudieron escapar con la fuga, yéndose á mas lejanas tierras para combinar nuevos atentados contra sus señores.

Dicen que el niño Quinantzin hijo de Tlotzin, que entonces era de edad de diez años, se hallaba tambien presente, y tuvo en la refriega un comportamiento tan superior á su corta edad, que impuesto de ello el emperador, le premió su precoz bizarria, haciéndole donacion de la ciudad de Tezcoco que era muy populosa, para que mandando en ella en calidad de soberano, disfrutara de los impuestos que le correspondian al imperio. Huetzin, señor de Tepetlaostoc y rey de Coatlichan, vuelto de la expedicion contra Iacanex, se casó con la princesa Atotoztli; y al general Tochtintzin, que habia mandado en gefe aquella jornada, se le premiaron sus acertadas disposiciones y la actividad para ejecutar las órdenes imperiales, disponiendo su casamiento con la infanta Tomayauh hija del rey de Xaltocan su compañero de armas, cediéndole el señorío de la ciudad de Huexotla y honrándolo con la dignidad de Tecuhtli.

Esta dignidad fué como una órden de caballería, inventada por Xolotl, para premiar los grandes servicios al estado, siendo los que la obtenian los primeros personajes del imperio, gozando de grandes privilegios y prerrogativas, como era obtener los gobiernos de las ciudades y demas cargos superiores, asistir á los consejos de los reyes en las resoluciones de los graves negocios de la

nacion, depositar los tesoros reales y distribuirlos conforme á las órdenes del soberano.

En los tiempos posteriores, que ya hubo muchos condecorados con esta dignidad, se estableció un ceremonial al que tenia que sujetarse el que iba á recibir esta honra. Hecha la gracia por el soberano, el nombrado convidaba á todos los Tecuhtlis de la ciudad, para que lo acompañasen al templo á dar principio á una austera penitencia que se sufría antes de recibir la condecoracion. Presentes todos en el templo, el sacerdote le horadaba el lábio inferior, las orejas y la ternilla de la nariz, valiéndose para esto, de huesos de tigre, leon, águila ó cualquiera otro animal, que elegía el penitente, segun el deseo que tenia de verse adornado por los dioses de la cualidad mas característica de aquellos animales cuyos huesos servian para la primera operacion. En aquellas heridas se metian unas cañitas delgadas, que se iban renovando cada dia con otras mas gruesas para ensanchar los agujeros; y concluía la ceremonia, con una exhortacion del sacerdote sobre las obligaciones que se imponen con aquella dignidad, para ser en lo sucesivo mas humilde, sufrido, sobrio y fiel ejecutor de las leyes.

Concluida esta advertencia, se despojaba el penitente de sus ropas usuales y se le cubria con algunas muy humildes: se ponian sus armas ante el altar de un ídolo; y se le dejaba un petatl ó petatè y un taburete bajo, para que se recostase á tener algun descanso, durante el tiempo de la penitencia, que era de tres meses ó sesenta dias. El cuerpo se lo teñian de negro: se les dejaba dormir muy poco, de lo cual se encargaban los celadores del templo; y se les sujetaba á un ayuno muy riguroso, no permitiéndoles comer y beber á su satisfaccion, sino los dias de alguna fiesta. Los sacerdotes y demas Tecuhtlis, se alternaban para ir al templo á probar la paciencia del nuevo caballero, ya comiendo y bebiendo en

su presencia para excitar su apetito, ó injuriándolo de palabra ó con algunos malos tratamientos en su persona.

El dia que se concluía la penitencia, se abrian las puertas del templo que habian estado cerradas y cubiertas con ramas de laurel: y el sacerdote tomaba las cañas que se habian puesto en las heridas, quemándolas en un bracero, las cuales se ofrecian á su dios en sacrificio, y haciéndose algunas oraciones por el caballero, se retiraba este á su casa, á bañarse y preparar lo necesario para la fiesta. En esta se convidaban á todos los Tecuhtlis de los lugares vecinos, que asistian con los de la ciudad al templo: ahí se preparaba para cada uno un asiento, en frente del cual se colocaba el regalo que se le hacia á cada persona, el cual consistia en mantas y toda clase de ropas, plumas, joyas de oro y plata, piedras preciosas, arcos y flechas: todo esto segun la posibilidad del caballero que lo daba y categoría del que lo recibía. Si alguno de los Tecuhtlis invitados no asistia, mandaba otra persona en su lugar, y tambien se le daba su regalo por separado, conservándose el de la persona á quien iba á representar. El nuevo caballero acompañado de sus parientes, iba al templo vestido aun con las ropas que se le daban para el tiempo de la penitencia y haciendo carabanas á uno y otro lado. á cada uno de los Tecuhtlis, llegaba hasta el altar, en cuya grada, el mas antiguo de aquellos caballeros le despojaba de aquellas ropas y le ponía otras ricas y muy finas, sobre las cuales se ponía una, donde estaban bordadas las ormas de la orden, que eran leones, osos, y otros animales. Se le ataba el cabello con una cinta encarnada, de cuyas puntas pendian orlas de pluma y se le cubria la cabeza con una corona tambien de pluma, la cual tenia por delante una lámina, con la pintura de un animal á que se queria semejar, por el valor, ligereza, astucia ó qualquiera otra cualidad. Despues se le daba el arco en la mane izquierda, en la de-

recha la flecha, y en los agujeros de la nariz y orejas se ponian cuentas gruesas de oro y en el lábio una piedra preciosa, en lo cual se hacía consistir principalmente el distintivo de aquellos caballeros.

Entonces el sacerdote repetia la exhortacion, amonestándole no se envaneciera con aquella dignidad, sino antes humillándose, fuera mas sufrido y abstinente, como lo habia sido el tiempo de la penitencia. Si era militar, se le encargaba la defensa del estado, y si era político, la buena administracion del orden público; el buen tratamiento para con los vasayos, tanto los que el pudiera tener como los de la corona, el socorro y amparo de los pobres y de las mujeres, el buen comportamiento con su muger, la educacion de la familia; y finalmente la reverencia y el culto para con los dioses. Esta amonestacion era larga, y mientras el sacerdote desarrollaba todos los puntos indicados, el caballero estaba en pié, volviendo despues de ella á su asiento que ya se le tenia preparado con los Tecuhtlis haciendo las cortesías á cada lado, lo mismo que cuando entró. Concluida la ceremonia religiosa, salia la comitiva por los puntos y calles principales de la poblacion, acompañados de sus teponaxtli, viniendo á concluir el paseo en la casa del nuevo caballero, donde ya se tenia preparado un banquete para el cual se necesitaban por millares, las aves y todos los animales de cuya carne se usaba, lo mismo que de las distintas bebidas con que suplian el vino, porque el concurso era ahí numerosísimo.

Xolotl como cabeza de estos dignatarios, tomó el honorífico dictado de *gran chichimeca Tecuhtli*, que luego siguieron usando todos sus sucesores. Tochintzin fué uno de los primeros honrados con esta dignidad y tal vez el primero que las mereció por sus servicios en campaña. Al principio solo se concedia á los generales y soldados que se distinguian en el servicio de las armas: despues

estuvo mas franca la mano de los soberanos para la concesion de estas gracias y no solo las aplicó para los fieles servidores en la guerra, sino para premiar tambien los nobles servicios en la paz, como se dieron á muchos magistrados y gobernadores.

En el mismo año de 1231 en que fué concluida la guerra contra Yacanex, desecha la conjuracion del general Ocotox, efectuados los casamientos de Huetzin y Tochintzin, murió el rey Achitometl, en quien se cumplió la prediccion de Hneman volviendo á renacer el esplendor de la sangre tolteca en el trono que habia sido destruido en el reinado de Topiltzin, monarca célebre por sus grandes infortunios y la firmeza de alma con que se sobrepuso á ellos. Achitometl, ademas de haber sido un príncipe justo y generoso para con sus vasallos, hizo un beneficio inmenso al gran imperio chichimeca, despues reino de Acolhuacan, porque volviendo á hacer florecer las artes en que tanto sobresalió su nacion en el tiempo del apogeo de su monarquía, su corte fué un foco de propagacion, venciendo con ellas la barbarie de los incultos chichimecas. Su hijo primogénito Xohualatonac, le sucedió en el trono de Culhuacan.

Al año siguiente de 1232, el grande emperador Xolotl, pagó el necesario tributo á la naturaleza, bajando del esplendor de su trono á los sombríos lugares de la muerte donde enmudecen las vanas glorias de esta vida. Veytia le señala 112 años de reinado desde 1120 en que tomó posesion del territorio de su imperio, hasta el de 1232 en que murió; y el P. Torquemada 113; pero Clavigero impugna esta opinion pareciéndole exesivo el tiempo de vida que para ese caso era necesario suponerle. Veytia previniendo la respuesta á esta objecion al hablar de la larga duracion de los reyes toltecas y el astrólogo Hueman, dice: «No se me hace difícil creer, que aquella sábia providencia que lo guiaba y destinaba á poblar

estas tan vastas regiones, les conservase tanto tiempo la vida, como quiso dilatárselas á los patriarcas y primeros pobladores del Universo.» El mismo Clavigero en sus disertaciones, refiere algunos casos de una existencia prolongada aun en los últimos siglos, como fué un capitán de las armas de Tlascala de los que ayudaron á los españoles en la conquista, que vivió 130 años: un Jesuita, Pedro Nieto, que murió á los 132; y el Franciscano Diego Ordoñez, que murió de 117 años, viviendo 104 en su orden y 95 desempeñando el sacerdocio hasta los últimos momentos, pues en su último sermón se despidió del pueblo de Sombrerete, lugar de su residencia, con aquellas notables palabras de San Pablo *Bonum certamen certavi, fidem servavi cursum consumavi*. Pero cree que estos son raros fenómenos de la naturaleza, insuficientes para poder fundar como cierta la extravagante cronología de Torquemada.

A pesar de esta opinión, no me parece infundada la de los autores citados porque los mismos casos que cita Clavigero y otros muchos que se han repetido y aun tienen lugar en nuestros días, aun cuando fueran fenómenos raros, son una prueba evidente de que han existido personas de una vida muy dilatada: y no encuentro razón, para que otras muchas personas de todos estados y condiciones pudieran prolongar tanto su vida, y no pudiera ser de este número el primer rey chichimeca, principalmente atendiendo á la razón que dejó espuesta en el párrafo anterior.

A mas, Torquemada, fué uno de los que pudo recoger mas noticias de los indios y Veytia fuera de estos datos consultó todos los recogidos por Boturini y los de D. Fernando Alba Ixtlilxochitl, quien escribió su obra como ya se ha dicho, con vista de las relaciones de D. Alonso Axayacatzin, archivero mayor de Tezcoco á la

venida de los españoles, cuyas autoridades me parecen concluyentes para decidir en esta materia.

D. José M. Roa Bárcena, salva esta dificultad, diciendo: que antes de Nopaltzin, gobernó Amacui Xolotl hijo del emperador de este nombre, con el cual lo confunden muchos escritores: y en este reinado, pone la guerra con Nauhyotl rey de culhuacan: la venida de las tribus tecpaneca, otomí y acolhua; y la rebelion de Iacanex.

Pero como no me parece muy probable la introduccion de este monarca en la dinastía chichimeca, ni hallo la dificultad que cree Clavigero, en la cronología de Torquemada y Veytia, sigo aquí la opinion de ellos como mas probable por las razones que se dejan indicadas.

Todos convienen en que Xolotl mereció con muy justa razón el renombre de grande, porque á pesar de su elevada posición, fué hombre afable, magnánimo y sobre todo, de una estremada liberalidad, que lo hizo muy superior á toda la muchedumbre de pueblo con que fundó su grande imperio. Sus vasallos lo amaron sinceramente y este seria uno de los mas grandes motivos de satisfacción, que tuvo en su dilatada vida, la cual empleó siempre en procurar la prosperidad de su monarquía y el bienestar de sus súbditos; sin embargo, no faltaron génios díscolos, que de vez en cuando derramaron alguna amargura en sus días, aunque siempre se sobrepuso á estos contratiempos, con la grandeza de su ánimo.

A mas de la sublevacion de Yacanex y la conjuracion de Ocotox, tuvo el emperador otro disgusto en los últimos días de su vida, en cuyo golpe era su persona el principal objeto. Estando en Tezcoco, tenia la costumbre de ir á los jardines á disfrutar de su amenidad y frescura, entregándose ahí al sueño sin tomar ninguna precaucion para sí, porque fiaba en la felicidad de sus súbditos: los descontentos que sabian esta costumbre, quisieron aprovecharla para concluir con la vida del rey:

pusieron un dique á la corriente que atravesaba la ciudad, preparando un conducto para hacerla llegar hasta el jardín, y á la hora en que el rey solía dormir á la fresca sombra de los árboles alsaron el dique, y los jardines se anegaron. El negro intento quedó frustrado, porque habiendo tenido el emperador noticia anticipada, de lo que tramaban en su contra, concurrió al jardín; pero en lugar de entregarse al sueño, se puso á salvo del peligro colocándose en un lugar elevado: cuando vió entrar el agua no pudo tener ya duda de la traición; y queriendo aun disimular, dijo: «Yo estaba bien convencido del amor de mis vasallos y veo que me amaran más de lo que creía: quería aumentar el agua de mis jardines y mis súbditos realizan mis deseos, sin ocasionarme el menor gasto. Esta nueva ventura merece ser celebrada.» Mandó en efecto hacer unas fiestas públicas: y cuando concluyeron se volvió para su corte de Tenayocan, donde sintió su naturaleza, gastada por los años y agobiada por tan amargos desengaños. Aquel abatimiento en que entró su alma, le ocasionó luego una enfermedad que le hizo presentir próxima la hora de su muerte; y llamando á su presencia á su hijo Nopaltzin y á Acolhua su yerno, los amonestó en un grave y tierno razonamiento, como son los que se emplean en aquella hora solemne, para que vivieran en paz entre sí, cuidando de sus pueblos y buscando siempre la dicha en hacer el bien que fuera posible.

El cuidado que tuvo de sus súbditos y su grande prevision, de donde le habia sido aplicado el nombre de Xolotl que significa ojo, no fueron desmentidos hasta sus últimos momentos: y murió en medio del llanto y el profundo desconsuelo de un pueblo á quien siempre sirvió de padre y dejaba constituido en una grande y poderosa monarquía. Sus restos mortales estuvieron espuestos por muchos días en una de las salas de palacio,

á donde concurrían los vasallos que de todas partes venían á pagar á su soberano el último homenaje de respeto. Clevigero cree: que el cadáver, adornado con muchas joyas de oro y plata, estuvo sentado por cinco días, en una silla de goma de copal y algunas otras substancias aromáticas: y que cuando llegó toda la nobleza y los magnates de la monarquía, que fueron convocados para las exéquias, el cuerpo del grande emperador fué quemado en la misma silla en que se hallaba, segun la costumbre de los chichimecas; y sus cenizas depositadas en una urna, que despues de ser regada por cuarenta días con las lágrimas de la nobleza, fué trasportada á una gruta inmediata á la ciudad, en medio de las mismas demostraciones de dolor. (1)

### CAPÍTULO XIII.

#### Reinados de Nopaltzin y Tloltzin.

¡Cuán instable es la gloria vana del mundo! ¡Ni quien es capaz de penetrar en los profundos misterios é inesplicables arcanos de que se halla rodeada la incomprendible marcha de la humanidad! Un monarca grande, coronado de la gloria que prestan las mundanales vanidades, sentado en un trono de falsa claridad que instantáneamente se apaga como la luz que se desprende de los fuegos fátuos, es reducido á la nada por la muerte; y al bajar á la tumba, se eclipsa aquel brillo que lo circundaba. En la negra sombra de la existencia que se des-

1 Sobre la materia de este capítulo consúltese á Veytia hist. antig. tom. 2º cap. 7º, 8º y 9º Torquemada monarq. tom. 1º lib. 3º cap. 17 y tom. 2º lib. 77 cap. 29. Camargo hist. de Tlax. 1º pág. 361. Olavigero tom. 1º pág. 90 á 92.